

muestras de la mas profunda conviccion habia presentado, con el documento en que destruia todos los principios sen- tados en ella, y tendremos que preguntarnos si su conciencia no se sublevaba ante cosas que solo puede hacer el hombre de mas mala fe, si su razon y su preclara inteligencia le permitian creer en el feliz éxito del doble papel que representa- ba, si no comprendia que algun dia habia de aparecer como doblemente traidor. Porque nadie podrá imaginar que el que tales cosas hacia y aconsejaba amase á su patria y á su pueblo. Solo aceptando que contaba con una muerte prematura, debida al favor de la suerte ó á su propia mano, puede com- prenderse cómo podia permanecer en tan falsa situacion. Esto era lo único que podia desear. El consejero real asala- riado de la corte era el hombre popular mas célebre de su país, el favorito de los jacobinos, que se regocijaban con solo oírle hablar y que no podian volver en sí de admiracion al oír los torrentes de su elocuencia. Precisamente entonces se veía colmado de cargos honoríficos y de distinciones que durante meses llovieron sobre él y de los cuales no se le habia juzgado digno precisamente en la época en que real- mente su patriotismo le habia hecho acreedor á ellos.

En 18 de enero, el batallon de la guardia nacional de su distrito electoral le eligió comandante, motivando la eleccion con las mas halagüeñas frases (1). En 29 de enero, la Asam- blea, por una gran mayoría y en la primera votacion, le eligió presidente, eleccion que fué acogida con atronadores aplausos cuando se proclamó el resultado del escrutinio (2). Desde 30 de enero á 14 de febrero, el presidente Mirabeau, en la direccion de los debates, en el planteamiento de cuestiones y en las contestaciones improvisadas, en cuyas dos últimas cosas hay que reconocerle como parlamentario consumado, mostró una energía, una seguridad y una presencia de ánimo que en nada cedían á su talento como orador polemista. Tambien fué elegido para formar parte del directorio de la administracion departamental de Paris, cosa que disgustó al conde de la Mark, el cual, en 26 de enero, escribia al conde Mercy: «La popularidad de Mirabeau ha tomado grande incremento de algun tiempo á esta parte, y esto me tiene con cuidado. Cuando desespere del gobierno y busque su gloria en la popularidad, será insaciable.» No se ocultaba á la perspicacia de aquel observador que la solicitud mostrada por Mirabeau respecto de la corte no era mas que aparente, y se limitaba á dirigir la accion de otros quedándose él en segundo término y sobre todo no arriesgando nunca el favor del pueblo (3). Las memorias que á la corte dirigía cesaron con la nota quincuagésima de 3 de febrero (4), continuando únicamente las entrevistas periódicas con el ministro Mont- morin. Solo una vez se atrevió á provocar la cólera de los jacobinos, que desde el mes de agosto de 1790 eran para él un ejército legal; y aquella ocasion pudo demostrarle,—y por cierto que bien lo necesitaba,—cuán quimérica era la idea de modificar las tendencias de aquel, y de hacer contra su voluntad una reforma de la Constitucion.

En 18 de febrero las ancianas tias del rey (*Mesdames*), que habian salido de Paris, fueron detenidas en Arny-le-Duc por un grupo de gente del pueblo, á pesar de llevar los pasapor- tes en regla y de haber obtenido de las autoridades del dis- trito y del municipio permiso para proseguir su viaje. Ambas partes apelaron á la Asamblea nacional, y cuando el hecho fué conocido en Paris, escribió Marat en el número 371 de su *Amigo del Pueblo*: «Es preciso detener como rehenes á esas beatonas y triplicar la vigilancia sobre el resto de la

(1) *Mémoires*, VIII, págs. 273-274.

(2) *Moniteur*, VII, pág. 264.

(3) Bacourt, III, págs. 28-30.

(4) Bacourt, III, págs. 38-42.

familia. Meditadlo bien, ciudadanos, las tias del rey dejan tres millones de deudas y se llevan 12 millones en oro que han recogido pagando por el Luis de oro 29 libras; considerad que querian llevarse al delfín, dejando en las Tullerías un niño de la misma edad y de igual traza que hace 18 meses se cria con él para consumir la premeditada suplantacion.» Mirabeau, en su nota del 3 de febrero, habia suplicado al rey que no permitiera á sus tias hacer aquel viaje, que podia tener para ellas, y para él mismo, fatales consecuencias; pero á la sazón consideró de su deber sostener que las tias del rey estaban en su derecho desde el momento en que no habia ningun impedimento legal que se opusiera á que lo ejercie- sen (5). Cuando, en 28 de febrero, se presentó una proposi- cion que tendia á prohibir la emigracion, Mirabeau consiguió que fuera desechada pronunciando un famoso discurso, en cuyo final decia: «La popularidad que he procurado conquis- tar y que he tenido la honra de merecer, como el que mas, no es una débil caña: quiero que sus raíces penetren profun- damente en el firme terreno de la razon y de la libertad. Si haceis una ley contra la emigracion, juro no obedecerla nunca (6).»

A una violenta interrupcion, procedente de los bancos de la extrema izquierda, contestó: «¡Callen esos treinta votos!» y por la noche se presentó en el club de los jacobinos para provocar á aquellos treinta votos en su propio centro. Duport y Lameth habian guardado silencio durante la sesion, pero en el club se desahogaron contra Mirabeau, y este les con- testó con un discurso del cual no conocemos mas que el final. Sus últimas palabras: «Permaneceré entre vosotros hasta en el ostracismo,» produjeron estrepitosos aplausos que le acompañaron hasta la salida del local (7).

Mirabeau no volvió á alcanzar la altura á que habia llega- do en mayo de 1790, ni aun con estos últimos destellos de su genio. A medida que la fuerza de tension que sostenia su cuerpo vacilante se hacia cada vez mas débil, iba paulatina- mente perdiendo el vigor de su inteligencia. Esto no obstan- te, todavia quiso intentar un nuevo y poderoso esfuerzo en defensa de la monarquía. En la última semana de marzo escribió al conde de la Mark durante la sesion: «Nos ame- naza un gran peligro: estad seguro de que se nos quiere em- pujar al sistema electivo, es decir, á la supresion del carácter hereditario y por tanto á la destruccion de la monarquía (8).» ¿De qué se trataba? El dia 22 de marzo el diputado Thourret habia propuesto, en nombre de la comision de Constitucion, «que cuando el rey fuese de menor edad se nombrara una regencia que correspondiera de derecho al pariente mayor de edad mas cercano dentro de la línea masculina, y en caso de igualdad de grado de parentesco, al de mas edad (9).» Tal era la regencia conforme al sistema hereditario, en con- traposicion á la de libre eleccion. El artículo de la comision agradó sobremedida á todos los monárquicos, como lo de- mostro Cazalés. ¿Pero qué hizo Mirabeau? Propuso el aplazamiento de esta cuestion tan importante, diciendo que no habia podido formar juicio sobre ella porque se habia encon- trado gravemente enfermo. Mas despues que hubieron hab- lado Barnave en pro del carácter hereditario de la regencia

(5) *Moniteur*, VII, págs. 471-472.

(6) *Moniteur*, VII, pág. 510.

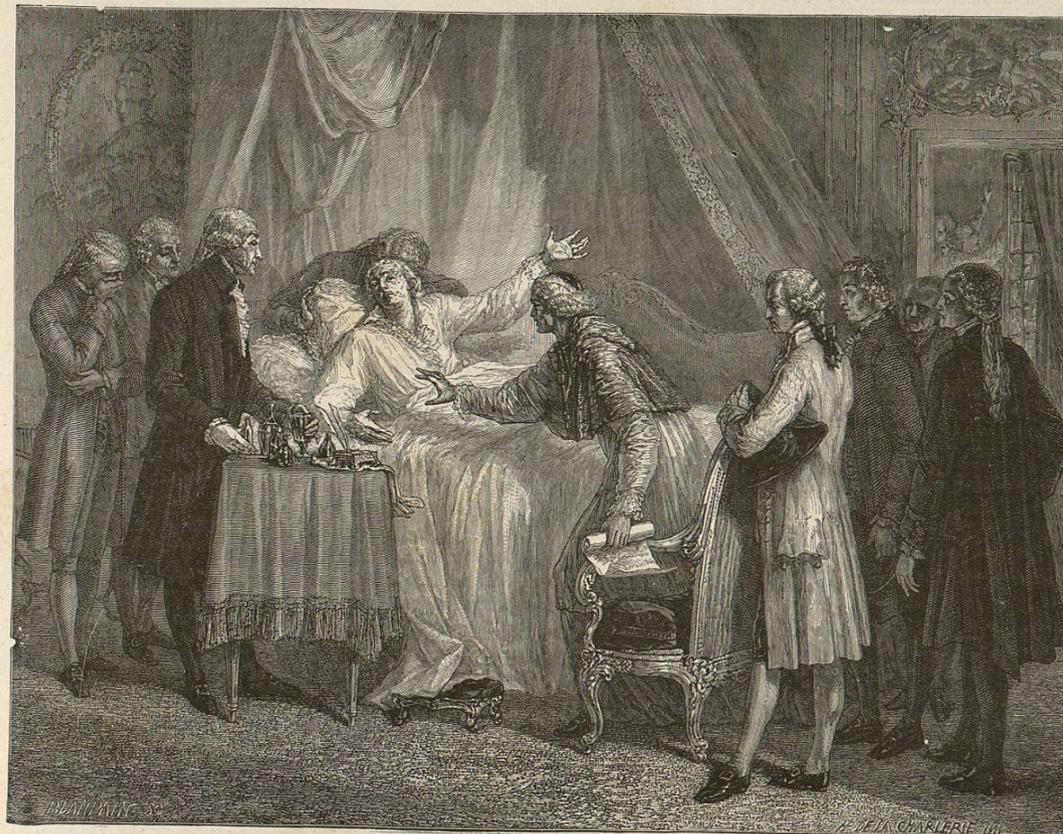
(7) Michelet: *Histoire de la révolution française*, II, págs. 135-159.

(8) Bacourt, III, pág. 305. La carta lleva la fecha del jueves 24 de marzo de 1791, pero esta fecha no puede ser exacta, pues el contenido de la misiva demuestra que cuando fué escrita comenzaban los debates y no habia sido todavia presentada su proposicion de aplazamiento. El dia 24 no se trataba ya aquella cuestion, pues el dia 23 habia sido admitida la fórmula hereditaria. Por consiguiente, la carta debió de ser escrita el 22 ó á lo mas tardar el 23 por la mañana.

(9) *Moniteur*, VII, pág. 686.

y el abate Maury en pro del electivo, Mirabeau, á pesar de no haber podido, segun él decia, formar opinion sobre el asunto, combatió lo sostenido por Barnave, lo cual hizo que fuera repetidas veces interrumpido por muestras de desagra- do. El dia 23 pronunció un largo discurso, en el cual dijo que la elegibilidad de la regencia «estaba de acuerdo con los verdaderos principios, y era muy conveniente, muy plausible y muy favorable.» Añadió luego que en un Estado constitu- cional libre era completamente indiferente que el regente fuese nombrado segun las reglas hereditarias ó en virtud de elec- cion; y finalmente, torció el rumbo y dijo: «Es mejor seguir

las inclinaciones de nuestro gusto y de nuestra costumbre,» y recomendó con general sorpresa, y apoyándose en escasas razones, la proposicion de la comision, es decir, el carácter hereditario de la regencia (1). Esta contradiccion manifiesta no la comprendió entonces ni la comprende hoy nadie toda- vía; tampoco se explica la exclamacion de angustia contenida en la carta al conde de la Mark acerca del peligro que amenazaba al sistema hereditario, pues este peligro desapa- recia evidentemente con la proposicion de la comision, y el único riesgo que habia era su propio discurso en pro de la elegibilidad. A un hombre que estuviera en el pleno dominio



Muerte de Mirabeau

de su fuerza intelectual no podia sucederle tal cosa. En aquellos últimos dias de marzo Mirabeau era, bajo todos conceptos, un hombre enfermo, y si se presentaba en la Asamblea era solo por lo poco que atendía á los restos de su salud (2), como si temiera sobrevivirse á sí mismo.

(1) *Moniteur*, VII, págs. 703-704.

(2) Brissot: *Mémoires*, pág. 390: «Mirabeau se causó á sí propio la muerte: disgustado de todos los gozes, cansado de todos los placeres, amortiguados todos sus sentimientos de amor por los excesos de sus desenfrenadas pasiones, no le quedaban deseos mas que para las volup- tudosidades vergonzosas y mortales, en el seno de las cuales debía pere- cer. Pocos dias antes de contraer la enfermedad que puso fin á su exis- tencia, habia pasado la noche en brazos de dos bailarinas de la Opera, las señoritas Helisberg y Coulomb. Estas son las que le mataron, no hay que acusar á nadie mas.» Dumont (*Souvenirs*, pág. 308) dice que su enfermedad fué «una inflamacion en las entrañas ocasionada por excesos.» Hasta las actrices de la Opera habian procurado alcanzar la gloria

En la mañana del 27 de marzo fué á ver, antes de las nueve, á su amigo el conde de la Mark; su semblante era cadavérico, y todos sus miembros se estremecian por la fuerza de la fiebre. Aproximábase el dia en que debía discu- tirse en definitiva la ley de minas, de cuyo resultado depen- dia la mayor parte de la riqueza del conde. Ayudado por su fiel colaborador, Pellene, habia estudiado Mirabeau este asunto, para él completamente extraño, y encontrado, por fin, el punto preciso en que coincidían el interés del Estado y el de su amigo. En 21 de marzo habia pronunciado un primer discurso, y antes de usar por segunda vez de la pala- bra quiso avistarse con su amigo. Mas despues de cambiadas

de conquistar á este Hércules, el cual, confiando en su vigorosa cons- titucion, se habia entregado completamente á los placeres como un jóven que de repente se encuentra en posesion de una nueva renta y que no conoce ya límite alguno.

las primeras frases, se sintió acometido de un síncope, y tardó mucho en volver en su acuerdo. El conde le suplicó que no asistiera a la sesión, á lo cual contestó Mirabeau: «Amigo mio, esa gente os arruinará si yo no estuviera allí; debo ir, pues, y no me disuadiréis de mi propósito.» Con un par de copas de Tokai cobró aliento, y asistió á la Asamblea, donde pronunció su discurso, consiguiendo una victoria completa. A las tres regresaba á casa de su amigo, á quien dijo: «Vuestro asunto está ganado, pero yo soy hombre muerto (1).» De la enfermedad que le atacó aquella tarde no debía ya curar.

Su médico, Cabanis (2), nos ha hecho de los últimos días de su vida una descripción, en la cual se advierten el amor y el respeto que aquel grande hombre sabía infundir, á pesar de todos sus vicios, á cuantos tenían con él relaciones íntimas. Durante siete días y siete noches luchó Mirabeau con la muerte, en medio de los más atroces dolores de vientre y de los síncope que cada vez se repetían con mas frecuencia. En la mañana del 2 de abril de 1791 murió en brazos de sus amigos Cabanis, Frochot (3) y la Mark, siendo su muerte mas sentida por el público que la de ningún monarca. A propuesta del directorio del departamento de París, la Asamblea nacional acordó destinar la iglesia de Santa Genoveva, recientemente construida, para Panteon de hombres ilustres, poniéndole esta inscripción: «A los grandes hombres, la patria agradecida,» y declarar á Mirabeau el primero digno de tener un sitio en aquel santuario nacional. En apoyo de esta proposición habló Robespierre con ardiente frase, llamando al difunto «hombre ilustre, que en los momentos mas peligrosos habia mostrado gran valor contra el despotismo.» En la comitiva fúnebre figuraron la Asamblea en pleno, el club de los jacobinos en masa, en número de ochocientos individuos, la guardia nacional, todas las autoridades y una multitud inmensa del pueblo.

CAPITULO XI

PRIMEROS ÉXITOS DE ROBESPIERRE

Mirabeau, que habia comenzado por darse á conocer en la Asamblea nacional como monárquico odiado de la corte, terminó su vida como jacobino por la corte asalariado. Grande era el contraste que con el Mirabeau moderno formaba el Mirabeau antiguo; pero mayor era todavía el que ofrecía el lenguaje usado en la Asamblea por aquel hombre de dos caras, comparado con el que habia empleado delante de la corte. Nadie se coloca por simple capricho en tal situación, y menos si es hombre de Estado activo, pues el hombre de Estado, mejor que nadie, sabe cuán elemental diferencia existe entre la lógica de los hechos y la lógica de los hombres; y comprende la situación violenta en que esa diferencia puede ponerle, situación difícil de calcular, y que aun bien calculada á los propios ojos, no tiene fácil explicación para los demás. Es, pues, el hombre de Estado el último en añadir á las dificultades que nacen de las inevitables contradicciones humanas, aquellas otras dificultades que está en su mano evitar. Por eso merece Mirabeau entero crédito cuando repite constantemente que, obedeciendo á la necesidad y no al propio impulso, apelaba á medios que en su interior condenaba, y representaba públicamente un papel opuesto completamente á su modo de ser y á sus opiniones; pero aun admitiendo que no pudiese obrar de otra manera y que tu-

(1) Bacourt, III, pág. 93.

(2) *Journal de la maladie et de la mort de H. G. Riquetti Mirabeau*. Algunos extractos del mismo se encuentran en las *Mémoires de Mirabeau*, VIII, pág. 414.

(3) Passy: *Frochot, préfet de la Seine*. Evreux, 1867, págs. 72-92.

viera necesidad de hacer lo que no queria ni podía querer, aun aceptando que para salvar á la monarquía no tuviera mas remedio que extremar la anarquía, siempre resultarán dos cosas: primera, que la corriente á que se lanzó era tan vertiginosa que no podía en manera alguna contrarestarla, y segunda: que habia hecho una renuncia cuya realización no podía anularse ni aplazarse. De ambas cosas se sigue que una reacción tal como él la proyectaba era simplemente imposible: primero para los demás, porque una corriente tan poderosa no se deja al principio dominar por nadie aunque al fin se detenga; y segundo para él personalmente, porque el que renuncia á su propia voluntad, pierde la rectitud de la conciencia, la confianza en sí mismo que descansa únicamente en la armonía entre el querer y el obrar, y sin la confianza en sí mismo y la rectitud de la propia conciencia no se consigue, en asuntos de tal magnitud, ni un éxito favorable ni una derrota honrosa. Con esto dicho queda que desde el mes de agosto de 1790, — fecha en que contra sus convicciones unió el porvenir de la Francia á los asignados, — podemos considerar á Mirabeau como hombre perdido. La cuestión tantas veces planteada de si, dado que hubiese vivido muchos años, hubiera conseguido conducir, en medio de la tempestad, á feliz puerto la nave de la Revolución, debe ser desde este momento contestada con una negativa absoluta y solo puede plantearse la siguiente: ¿Qué hubiera logrado si en noviembre de 1789 se hubiese constituido un ministerio Mirabeau, como él queria (4)?

Al tratarse de dar contestación á esta pregunta ha de tomarse en consideración el objeto que él mismo se habia propuesto. En los momentos lúcidos que en los últimos días de su vida le dejaba su enfermedad, pronunció frases que respiraban gran conocimiento de sí mismo (5); una de ellas decía: «Llévome conmigo el luto de la monarquía: los conjurados se disputarán sus restos (6).» Igual manifestación habia hecho á Dumont cuando al despedirse de él le dijo: «El día en que yo deje de existir se verá lo que en mí se ha tenido. La catástrofe que he podido contener se desplomará sobre la Francia: las criminales hordas que ante mí tiemblan no tendrán ya freno alguno (7).» Estas frases no se avienen con la época en que dirigía los asuntos de los jacobinos, pero dejan comprender la imágen que estuvo presente en su espíritu hasta los últimos días de su vida. Mirabeau creía que aun servía á la monarquía tal como él la imaginaba; pero ¿qué idea se habia formado de ella?

El diputado Malouet, en sus memorias, nos traslada los puntos principales de un documento de Mirabeau que no se encuentra en la colección de Bacourt, y del cual, fuera de la citada obra, nadie ha hecho hasta el día mención alguna. En él se señalaban como artículos principales de la «contrainstitución» con que pensaba sustituir la obra de las Constituyentes: la división de la Asamblea nacional en dos cámaras; derecho de la corona para suspender y disolver el Parlamento y veto absoluto del rey; disolución de los clubs; sumisión de los departamentos, de las municipalidades y de la guardia nacional á la inmediata soberanía del rey, que ejercería el poder ejecutivo en toda su extensión como soberano; derecho de iniciativa en el gobierno, de la misma manera que lo tenia la Asamblea nacional; limitación en favor de las clases acomodadas del derecho de formar parte de la Asam-

(4) Véase mas arriba.

(5) Dumont: *Souvenirs*, pág. 309: «Mirabeau se creía objeto de la atención general y no ha cesado de hablar y de portarse como un noble y gran actor en el teatro nacional. La expresión del obispo de Autun es tan feliz que no he podido olvidarla: ha dramatizado su muerte.»

(6) *Mémoires*, VIII, pág. 460.

(7) *Souvenirs*, pág. 267.

blea y supresión de las dietas á los diputados (1). Este hubiera sido un programa perfectamente monárquico; pero sus principales puntos no se encuentran, por desgracia, ni en los discursos ni en los documentos secretos de Mirabeau. En ellos no vemos nada referente al sistema de las dos cámaras, ni al derecho del monarca para suspender y disolver la Asamblea nacional, ni á la organización administrativa del Estado con funcionarios nombrados por el rey (á pesar de que á menudo se habla de la necesidad de un poder ejecutivo en favor de la corona), ni á una iniciativa legislativa, ni mucho menos á una Asamblea sin dietas compuesta de diputados de clases acomodadas. Antes al contrario, en un documento fechado en 14 de diciembre de 1790 se pone entre los «fundamentos de la Constitución» que Mirabeau reconoce como reguladores «un Cuerpo legislativo elegido periódicamente y con carácter de permanente (2).»

Es imposible armonizar, no solo con este último sistema, sino tambien con el anteriormente expuesto la teoría de Mirabeau sobre la federación, que ya conocemos (3). Aun cuando no hizo mas que exponerla en globo, sin descender á pormenores, el silencio que guardó cuando se discutieron las cuestiones fundamentales de las leyes administrativas y judiciales está tan en armonía con ella, que solo se explica conociendo aquella teoría. Únicamente en sus cartas á Mauvillon se expresa Mirabeau de un modo decisivo sobre el particular. Además de la carta de 31 de enero de 1790, de la cual hemos ya copiado un párrafo, tenemos la de 19 de octubre del propio año, en la cual se plantea la cuestión del porvenir de Francia en los siguientes términos: «¿Es ó no posible que un gran reino se organice libre y federativamente bajo un solo jefe y bajo una sola Asamblea representativa (4)?» Esta pregunta solo podia ser contestada por la experiencia. Mirabeau creía que la federación era posible, y con esto dicho se está que la monarquía tal como él la imaginaba era muy distinta de la que debía imaginarse un rey de Francia. Un Estado fundado en la unidad, que en su cabeza y en sus miembros es monárquico, y que puede serlo tambien en su forma parlamentaria, es una cosa muy diferente de un Estado federativo cuyos miembros, como Estados independientes, estén organizados en república y no tengan mas unidad monárquica que un jefe supremo hereditario y un Parlamento electivo. Desde el momento en que Mirabeau usaba con la corte un lenguaje que suponía la tendencia á establecer un Estado perfectamente unido y monárquico, poníase en contradicción con lo que en el seno de la confianza señalaba como su verdadero plan y con las ideas expresadas públicamente, que armonizaban con la administración y el sistema judicial acordado por la Asamblea. Esta contradicción debía ser causa de muchos conflictos durante la lucha que como ministro del rey queria sostener, y sobre todo cuando llegara el momento de la victoria. En una lucha en pro de la monarquía contra la anarquía, en tales circunstancias, no podia existir entre el rey y el ministro aquella unidad de voluntades, aquel mútuo acuerdo acerca del objetivo de la política, que es condicion indispensable del éxito. Mirabeau tenia excepcionales dotes personales para la lucha, y convencido de ello no retrocedía ante la guerra civil y casi llegaba á desealarla, porque, segun escribía al rey, «la guerra civil temple las almas.» «Para todos los hombres, escribía en otra ocasión, sean cuales fueren, es muy saludable una crisis que les cura de todas sus faltas (5).» En cuanto á

él, esperaba sobrevivir á aquella crisis purificadora. ¿Pero en dónde estaban las armas, en dónde el ejército de la causa real para el día en que á la lucha de las palabras y de los principios sucediera aquella otra lucha que hubiera de ser decidida por la fuerza en favor del mas poderoso? Mezquinos eran los medios que proponía á la corte para organizar en los departamentos un ejército invisible de monárquicos que se diera á conocer cuando el rey dejara de ser el prisionero de la plebe parisiense y cuando desde una capital de provincia leal pudiera hacer un llamamiento al país, convocando una nueva Asamblea que formulara una nueva Constitución. ¿Qué habia de conseguirse con los artículos de los periódicos, con la correspondencia con hombres de confianza, con el soborno de la gente perdida, con las memorias secretas de los comisarios, con las peticiones de los departamentos y con otras cosas análogas, si el rey no tenia en todo el reino un solo funcionario á quien pudiera mandar ó en quien pudiera siquiera depositar su confianza; si el ejército se encontraba en un estado lamentable á consecuencia de los motines y de la indisciplina, y los tres ó cuatro millones de electores armados que se denominaban guardias nacionales consideraban como un derecho del hombre y como un deber del ciudadano no obedecer á nadie y mucho menos á un ministro, que de semi-traidor que era por el hecho de ser diputado, habria pasado á ser traidor completo? El único ejército con que el rey hubiera podido contar quizá para proceder contra la Asamblea, era el que se hubiese reclutado entre las poblaciones rurales, que no querían que los herejes y ateos les arrebataran á sus sacerdotes por no haber prestado el juramento. Pero este ejército, cuya organización no podia considerarse mas que como posible, no hubiera seguido á un Mirabeau, que tambien habia esgrimido las armas de la persecución religiosa; y aun cuando por un encadenamiento especial de circunstancias hubiera podido darse el caso de que realmente le siguiera, de seguro que en el momento de la victoria le sacrificaría á su odio y á su sed de venganza. En una palabra, cualquiera lucha que hubiera emprendido un ministerio Mirabeau, enarbolando la bandera monárquica, aun cuando su ideal no fuera verdaderamente monárquico, habria sido desesperada, y solo habria podido terminar con la ruina completa del rey y del ministro. Esta ruina consumada con la espada en la mano, no hubiera carecido de cierta grandeza histórica digna del pasado de aquella poderosa corona y de las dotes del ministro; pero á Mirabeau, tal como le conocemos desde agosto y setiembre de 1790, es decir, como asalariado secretamente por la corte y como provocador consciente de la anarquía y el desorden en los asuntos financieros y eclesiásticos, con el solo objeto de desacreditar á la Asamblea, no le hubiera sido posible sostener una lucha armada para salvar la monarquía; porque cada palabra que hubiese pronunciado en favor de la reacción habria podido ser rebatida con sus mismos discursos parlamentarios, y la lucha hubiera acabado desde luego, no con una gran catástrofe, sino con una gran vergüenza.

En la última fase de su vida, se habia identificado de tal manera Mirabeau con los jacobinos y con su política financiera y religiosa, que le hubiera sido de todo punto imposible detenerse en su marcha y retroceder. Los jacobinos le consideraban, por esto, como uno de los suyos, como un hombre que se habia entregado á ellos en cuerpo y alma; así es que rindieron homenaje al difunto, no solo acompañando su cadáver, sino tambien con las palabras que ante la Asamblea pronunció Robespierre, que era entonces quien llevaba la voz en aquella fracción desde que habian dejado de ser sus jefes Barnave, Lameth y Duport, con los cuales tantas veces habia discutido violentamente Mirabeau. En el len-

(1) Malouet: *Mémoires*, II, pág. 13.

(2) Bacourt, II, pág. 225.

(3) Véase mas arriba.

(4) *Lettres*, pág. 527.

(5) 14 de octubre de 1790. Bacourt, II, pág. 228.